

# IDEAS Y FIGURAS

Oficinas: B. MITRE 314  
ESCRITORIO 28

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO  
DIRECTOR

Año II

BUENOS AIRES, 26 DE OCTUBRE DE 1910

Número 36



**El pasado vuelve**  
Comedia por  
**Eduardo Zamacois**

**SUMARIO:** *La idea en marcha;* ALBERTO GHIRALDO. — *Eduardo Zamacois;* LUIS BAYÓN HERRERA. — *Zamacois;* RUY DE LUGO-VIÑA. — *Semblanza;* JOAQUÍN DICENTA. — *Mi primer estreno;* EDUARDO ZAMACOIS.

# IDEAS Y FIGURAS

OFICINAS: B. MITRE 314  
ESCRITORIO 26

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO  
DIRECTOR

## EL PASADO VUELVE

COMEDIA EN UN ACTO (1)

PERSONAJES:

RAMONA. — GABRIELA. — JOAQUÍN. — CERVERA. — DON PEDRO. — SANTIAGO. — UN CAMARERO

### Acto único

Gabinete lujoso en un Hotel de viajeros: un armario, un lavabo con espejo, etc., Al fondo y á la izquierda, una ventana abierta sobre un jardín y que, desde el primer momento, aparecerá bañada en luna. Muy cerca de la ventana, un diván. Al fondo y á la derecha, una puerta. A la derecha, otra. En un ángulo cualquiera, y colocados uno encima de otro, dos baúles. Detalle es éste que dará á la escena una gran expresión de gabinete alquilado y provisional. Arrojado de cualquier modo sobre un mueble, habrá un traje de mujer vistoso y llamativo.

Al levantarse el telón se hallan en escena Ramona y don Pablo. Ella asomada á la ventana, como quien espera. Viste bata blanca. El, en mangas de camisa, aparece abrochándose las botas, ó peinándose, etc., con mucha calma.  
Es de noche.

#### ESCENA PRIMERA

RAMONA Y DON PABLO. Este, durante todo el diálogo, demostrará un imperturbable buen humor.

RAM.—Acaban de sonar las nueve. Ya no puede tardar. ¿A qué hora dijeron que llegaba el expreso?

DON P.—A las nueve menos cinco.

RAM.—Ya ves.

DON P.—Pero no hay que fiarse. En Portugal como en España, los trenes caminan á paso de camello. ¡No podemos negar nuestro abolengo africano!

RAM.—Sentiría que Gabriela no viniese hoy; lo sentiría de veras; más que nunca. *(Nerviosa.)*

DON P.—¿Pues?

RAM.—Entre otras razones, porque adivino que esta noche voy á fastidiarme horrorosamente.

DON P.—Será porque te da la gana.

RAM.—O porque tú no me dejas divertir.

DON P.—*(Incomodado momentáneamente.)* ¡Y vuelta con la misma! ¿No te dije que te llevaba á la *kermesse*?

RAM.—¿Y qué?

DON P.—¿Entonces?....

RAM.—Que si voy, será con el vestido que yo quiera. *(Aludiendo al que habrá sobre un mueble.)*

DON P.—¡Ah! Lo que es eso, de ningún modo. ¡Un traje con el que, á cien leguas, vas oliendo á *cocota*!

RAM.—¿Y no lo soy?

DON P.—Pero, yendo conmigo, no hace falta que lo recuerdes. ¡Buena fuera!

RAM.—Terminemos la conversación, ¿quieres?... Terminemos la conversación. ¡Eres un estúpido!

DON P.—Y tú una poca vergüenza.

RAM.—Tal para cual.

DON P.—Verdaderamente. *(Recobrando su buen humor.)*

RAM.—*(Con ira reconcentrada.)* ¡Necio! Si no fuera por....

DON P.—Sí, por.... porque mi cartera nunca está vacía, ¿eh?....

RAM.—¡Eso!

DON P.—Me es igual; cada uno de nosotros dispone de una fuerza, de un arma. Tú tienes belleza, es cierto, pero yo tengo dinero.

RAM.—La belleza vale más que el dinero.

DON P.—Según. A la hora del amor, sí. Pero á la hora de almorzar, desengáñate: ¡oros son triunfos!....

*(Ella vuelve á asomarse á la ventana. El, para demostrarla que no está enfadado, empieza á silbar una canción. Pausa.)*

RAM.—¡Por fin!

DON P.—¿Eh?

RAM.—¡Ahí está, ahí viene! *(Palmeando de alegría.)* ¡Gabriela.... Gabriela! ¡Sube!.... Por ahí....

## TEATRO NACIONAL (NORTE)

SANTA FE ENTRE GALLAO Y RIO BAMBA

# ALMA GAUCHA

Drama en 3 actos por

ALBERTO GHIRALDO

El viernes 28 de Octubre de 1910

se estrenará en el Teatro Nacional (Norte) por la Compañía Dramática de Guillermo Battaglia el drama en 3 actos y 6 cuadros de Alberto Ghiraldo ALMA GAUCHA,

á Beneficio del actor Francisco Ducasse

que interpretará el papel del «Abogado Defensor», en el que tanto éxito alcanzara cuando las representaciones de «Alma Gaucha» en el Teatro Argentino.

Guillermo Battaglia interpretará el rol de Cruz y María Gámez el de Alma, correspondiendo el resto del reparto á los más distinguidos artistas del Teatro Nacional.

### ALMA GAUCHA

se presentará con decoraciones y vestuarios nuevos, hechos expresamente para la *reprisse* de la obra por la empresa del concurrido teatro.

Próximo número de "Ideas y Figuras":

LAS TRAGEDIAS DE LA VIDA VULGAR  
por JUAN MAS Y PI

Con espléndidas ilustraciones

La administración de Ideas y Figuras hace saber á sus agentes y suscriptores en la capital é interior, que ha trasladado sus oficinas á B. Mitre 314, escritorio 26, á donde, desde la fecha, deben dirigirse todos los pedidos y correspondencia.

(1) Esta comedia, estrenada en el «Teatro Romea» de Madrid, ha sido puesta en escena en Buenos Aires por la Compañía Dramática de Guillermo Battaglia en el «Teatro Nacional» (Santa Fe), habiendo obtenido, allá y aquí, un verdadero éxito, así como el aplauso de la crítica autorizada é independiente.

DON P.—¿Es guapa?  
RAM.—Bastante más que tú. (*Rencorosa.*)  
DON P.—Ya lo veremos.  
RAM.—¡Pero, hombre de Dios! ¿No acabas de vestirte?  
DON P.—Voy, mujer.... voy.  
RAM.—¡Me desesperas!.... ¿O es que no te importa que Gabriela te vea así?  
DON P.—¡Bah!.... Siendo amiga tuya, supongo que no será esta la primera vez que ve á un hombre en mangas de camisa. (*Con alegría irónica.*) ¿O es que empiezas á tener celos de mí? (*Hace ademán de abrazarla.*)  
RAM.—¡Quita! (*Sale precipitadamente por la puerta del fondo. Ramona, desde dentro.*) ¡Gabriela, chiquilla! ¡Bienvenida!....

### ESCENA II

DON PABLO, RAMONA, GABRIELA Y UN CAMARERO cargado con el equipaje de esta última.  
GAB.—(*A Don Pablo.*) Buenas noches.  
DON P.—(*Inclinándose cómica y ceremoniosamente.*) A los pies de usted.  
CAM.—(*A Gabriela.*) Voy á preparar á usted su habitación.  
GAB.—Muy bien.  
CAM.—¿Puedo dejar esto aquí un momento?  
RAM.—Sí, sí.  
GAB.—(*A Ramona.*) Gracias. (*Al camarero.*) Tome usted, tome usted.... para el cochero.... una propinilla.  
CAM.—Gracias, señorita. (*Vase.*)

### ESCENA III

RAMONA, GABRIELA, DON PABLO

RAM.—(*A Gabriela.*) Ahora voy á presentaros. He esperado á que el camarero se marche para hacerlo con cierta solemnidad.  
GAB.—¡Qué graciosa! (*Las dos rien y se abrazan.*)  
RAM.—Gabriela, mi amiga.... casi mi hermana. Pablito.... (*enfática*) ó, mejor dicho, don Pablo; mi esposo en Portugal.  
DON P.—Como si dijésemos, un esposo para quince días.  
GAB.—¿Nada más? (*Riendo.*)  
DON P.—Nada más. Ser amante oficial de una mujer bonita y no ser engañado, es muy difícil. Hay, por consiguiente, que retirarse antes de que el dulce peligro asome.  
GAB.—Es usted encantador.  
DON P.—Muchas gracias. Usted me permitirá que continúe embelleciéndome.  
RAM.—¡Dos horas hace que está así!  
DON P.—Hija mía... á mi edad, todas las precauciones son pocas. (*Vuelve al tocador.*)  
GAB.—Está usted en su casa. (*A Ramona y bajando un poco la voz.*) ¿Sabes quien ha venido conmigo en el tren?  
RAM.—¿Quién?  
GAB.—Joaquín Cervera.

RAM.—¿Es posible? (*Con alegría vivísima.*)  
GAB.—Nos encontramos en la estación de Madrid y hemos hecho el viaje juntos.  
RAM.—(*Pensativa.*) ¡Qué casualidad!  
GAB.—¿Hace mucho tiempo que no lo ves?  
RAM.—Mucho, mucho. Años....  
DON P.—(*Sin mirarla.*) Ese Joaquín Cervera es el escultor.... ¿verdad?  
GAB.—El mismo.  
DON P.—Ya decía yo que el apellido me «sonaba».  
GAB.—¿Le conoce usted?  
DON P.—De nombre, nada más.  
RAM.—(*A Gabriela y con tristeza.*) ¡Qué casualidad!  
GAB.—¡Si vieras qué cambiado está el pobre!  
RAM.—¿Sí?  
GAB.—No es ni la sombra de lo que fué. Pálido, triste... Tiene los cabellos casi blancos...  
RAM.—¡Pobre Joaquín! Nos conocimos hace diez años, ya sabes.... cuando yo todavía era una niña. Luego emigró á Londres y no hemos vuelto á vernos.  
GAB.—Pues si le vieses ahora no le conocerías.  
DON P.—(*Pavoneándose.*) Los buenos mozos duramos poco. ¡Es una lástima!  
RAM.—¿Y ha venido aquí por muchos días?  
GAB.—A pasar el verano.  
DON P.—¿Supongo que no pensarás engañarme?  
RAM.—¡No seas necio! (*Aparte á Gabriela.*) Ya hablaremos. (*Alto.*) Ven, te enseñaré mi mirador. (*Se acercan á la ventana.*)  
GAB.—¡Pero esto es delicioso!  
RAM.—Admirable. Lo mejor de la colonia veraniega se hospeda aquí.  
GAB.—Y mujeres.... ¿hay muchas?  
RAM.—Pocas. ¿Vienes sola?  
GAB.—Sola; á probar fortuna.  
DON P.—Hará usted fortuna. Yo, á la edad de usted, siempre iba solo, y me llovían los pedidos.  
RAM.—Aquí tenemos diversiones de todas clases: patines, teatro de fantoches, tómbola, columpio, Tío-vivo y una orquesta de cingaros que suena de media en media hora.  
GAB.—Magnífico.  
RAM.—¡Mira quién va por allí!  
GAB.—¡Chica! ¡El marquesito!  
RAM.—Y á ella también la conoces. (*Dentro suena un vals, pero muy «piano» para que no interrumpa el diálogo.*)  
GAB.—Creo que sí....  
RAM.—Sí.... es la de González, aquella francesa rubia que Antonio Buendía y el duque Martín dejaron desnuda en un merendero.  
GAB.—¡Ya recuerdo! (*Rie.*)  
RAM.—¿Y la cara que puso don Cleto cuando lo supo?

GAB.—¡Sí, mujer!.... ¿No he de acordarme? (*Rien como locas.*)  
DON P.—(*Que habrá acabado de vestirse.*) ¡Pobre don Cleto!  
GAB.—(*Sin dejar de reír.*) ¿También le conoce usted de nombre?  
DON P. A ese, ni de nombre.  
GAB.—Como le compadece usted....  
DON P.—Por espíritu de clase.  
RAM.—(*A Gabriela.*) ¡Vamos á bailar!  
GAB.—¿Y si rompemos algún mueble?  
RAM.—Lo paga Pablito.  
GAB.—Entonces, vamos. ¡Cuidado don Cleto!... Digo.... ¡Don Pablo!  
(*Bailan sin dejar de reír.*)  
DON P.—¡Es igual!  
RAM.—Eso creo yo....

### ESCENA IV

DICHOS Y EL CAMARERO

CAM.—¿Puedo pasar?  
RAM.—Adelante. (*Dejan de bailar.*)  
DON P.—(*A Gabriela.*) En una habitación donde hay un hombre con dos mujeres, se puede entrar siempre, ¿verdad?  
GAB.—¿Está usted seguro?  
DON P.—Cuando el hombre tiene mi edad....  
GAB.—También tiene usted razón. (*Cesa la música.*)  
CAM.—(*Que habrá recogido el equipaje de Gabriela.*) La señorita puede pasar cuando guste á su habitación.  
GAB.—Perfectamente.  
CAM.—Es la de aquí al lado. El número seis. (*Señala á la derecha.*)  
GAB.—Bien.  
RAM.—¡Me alegro! Así estaremos más juntas.  
CAM.—¿La señorita va á cenar aquí?  
GAB.—Sí. Es decir.... espere usted. No sé qué hacer.... ¿Tú has cenado ya?  
RAM.—Sí, pero no te importe. ¿Estás cansada del viaje?  
GAB.—No.  
RAM.—Entonces te aconsejo que vayas á *Pum-Pum*; un café-concierto. Se come muy bien.  
GAB.—El caso es....  
RAM.—¿Qué?  
GAB.—Que necesitaría cambiarme de traje.  
RAM.—¡Ah, naturalmente! Allí va un público muy selecto.  
DON P.—De traje y de ropa interior.  
GAB.—Por eso.... ¡qué fastidio! (*Al camarero.*) No, no; mire usted, no salgo: cenaré aquí.  
CAM.—Pues, cuando quiera.  
GAB.—En seguida. ¡Ah! Oiga usted: un caballero vendrá preguntando por mí. Hágale usted subir.  
CAM.—Será usted servida. (*Vase.*)

### ESCENA V

RAMONA, GABRIELA, DON PABLO

DON P. (*Consultando su reloj.*) Me parece que no voy á esperar á Santiago.  
RAM.—Créeme que si no volviesses á verle en toda tu vida, no perdías nada.  
GAB.—¿Quién es ese Santiago?  
RAM.—Un niño rico, un pisaverde que le trae sorbido el seso á éste. (*Por Don Pablo.*) ¡Hija mía! En cuanto ve á Santiago, Pablo se transforma; dírase que le quitan veinte años de encima. Las consecuencias luego, las pago yo. Porque, donde le ves, tiene mal vino.  
GAB.—¿Hola... sí?  
RAM.—Le da por reñir y por no darme dinero.  
DON P.—¿Como que los borrachos nunca pierden el tino!  
GAB.—Hace usted mal, Pablo, en disgustar á Ramona, que es tan buena.  
DON P.—¡Pero si no la doy disgustos!  
RAM.—Todos los que puede; y como los días en verano son tan largos....  
GAB.—Te da muchos. Veamos: ¿por qué esta noche, en lugar de irse con su amigo, no sale usted con Ramoncita?  
DON P.—Porque ella no quiere.  
RAM.—Porque no quieres tú.  
DON P.—¡No empecemos!.... Gabriela: sea usted imparcial y juzgue por sí misma. La manzana de nuestra discordia es ésta. (*Coge el vestido de que se hizo mención en otro lugar.*) La niña.... se ha empeñado en ir á la *kermesse* con este traje.  
RAM.—Un traje precioso, que lo firmaría Paquín.  
DON P.—Un traje de titiritera, un semidesnudo que llamaría la atención de todo el mundo y me pondría en berlina.  
GAB.—(*Conciliadora*) Pues, mujer.... ponte otro vestido.  
RAM.—¿Yo?... ¡Está fresco!  
DON P.—No la conoce usted.  
GAB.—Tiene la cabeza dura....  
DON P.—Como la de un martillo.  
RAM.—No, te equivocas; yo no soy testaruda por temperamento, sino por cálculo. Hay que saber entender á estos caballeros ricos que «nos entretienen». Si te blandas con ellos, te comen por los pies.  
DON P.—¿Qué tiene que ver el dinero con lo que aquí discutimos?  
RAM.—Mucho. Porque el dinero siempre es mal educado, grosero. Tú, á pesar de tu buena crianza, no puedes olvidar que eres el amo.  
DON P.—¡Naturalmente!  
RAM.—El que paga.  
DON P.—¡Naturalmente!....

GAB.—Bien, basta... No hay motivos para reñir. ¡Que atrocidad! ¡Ni que estuvieseis casados!

DON P.—Así es. Pero de cuándo en cuándo necesito recordar á Ramoncita que yo no sirvo á nadie de juguete.

RAM.—Lo mismo digo.

GAB.—¡Demonio! Bastante habéis hablado ya.

DON P.—Por mi parte...

RAM.—¡Y se queda tan fresco! ¡Hipócrita!... ¿Pero ves qué tios estos?... (Furiosa.)

DON P.—Bonita palabra.

RAM.—Sí, sois unos tios.

DON P.—Ramona....

RAM.—¡Unos tios!....

DON P.—Calla... calla... ¡Si no puedes negar lo que eres, si no puedes negarlo!... A la lengua se te sube el barro que llevas en el alma, y, sin querer, lo escupes...

RAM.—Sí, barro escupo: el que tú... y otros como tú echásteis sobre mí: fango de egoismos, fango de traiciones. Buena y limpia, como hecha de luz, era yo cuando niña. La suciedad que ahora hay en mí, ¿de quién la recibí si no de vosotros? Vosotros me enseñasteis el lenguaje de la plazuela. ¿No sabías que, como el trueno sigue á la luz, así la primera blasfemia responde al primer desengaño?... ¡Y aún crees que voy á ser juguete vuestro... tuyo, imbécil, imbécil, imbécil!... (Llora.)

GAB.—Ramona... Ramoncita...

DON P.—(Correcto.) ¡Muy bonito! El relámpago, el trueno... y ahora la lluvia. ¡Mejor es callar!

RAM.—(A Gabriela.) Creen que á nosotras se nos conquista con dinero... ¿Qué te parece?... ¡Ja, ja!... ¡Con dinero!

DON P.—¿No?

RAM.—¡No! Se nos conquista con delicadezas... ¿te enteras?... Con delicadezas... con palabras... Y para jugar con una mujer, ¡desengañate!, es preciso cogerla por el corazón.

DON P.—(Ya de buen humor). Voy creyendo que las mujeres agradecéis más una bofetada á tiempo que una orla de brillantes.

RAM.—¡Qué lástima de tiro, hijo mío!...

DON P.—¡Y los billetes de Banco que me há costado aprender una lección tan sencilla! Bueno; *au revoir*; me marchó, Gabriela, perdone usted el mal rato que acabamos de darla...

GAB.—¿Se va usted sin hacer las paces con Ramona?

DON P.—Por hechas. ¿Usted cree que yo tomé estas cosas en serio?... ¡Quiá!

RAM.—Yo, felizmente, hago lo mismo.

DON P.—(A Gabriela). Las mujeres sois siempre menores de edad.

GAB.—¿A donde va usted ahora?

DON P.—Al casino.

GAB.—¿A jugar?

DON P.—Y á perder.

RAM.—¿Llevas mucho dinero?

DON P.—El suficiente para que el banquero no cese de bendecirme en toda la noche.

GAB.—Prefiere usted los juegos de azar á los juegos de amor. ¡Hace usted mal, don Pablo!

DON P.—Achaques de la edad. Yo soy muy positivista.

RAM.—¿Pero tú creías que éste se ocupa en hacer el amor?

DON P.—Lo compro hecho. Es más cómodo.

GAB.—Pero menos poético.

DON P.—Pero más cómodo.

RAM.—Y para tí la comodidad...

DON P.—Sobre todas las cosas. (A Gabriela). Repito... (A Ramona). Fierrecilla... ¡Ah! Si viene Santiago le dices...

RAM.—No te molestes; me parece que le tienes ahí.

#### ESCENA VI

DICHOS Y SANTIAGO, que entrará tarareando una canción y sin llamar

SANT.—(Ya dentro) ¿Se puede?

RAM.—¿Y lo pregunta usted desde dentro?

SALT.—Adiós, Pablito... Ramona...

RAM.—(A Gabriela.) Santiago Rivas, uno de nuestros primeros... desocupados. Mi amiguita Gabriela Rey, que acaba de llegar...

SANT.—¿De Madrid?

GAB.—De Madrid.

SANT.—Encantadora... sí, señor... encantadora...

GAB.—Muy amable...

SANT.—Es una de las manos más bonitas que han pasado por la mía. Permítame usted... (La besa.)

RAM. y GAB.—¡Santiago!

SANT.—(A Gabriela). No me guarde usted rencor; en mis labios no hay veneno. Además, vengo medio loco.

DON P.—¿Pues qué sucede?

SANT.—Ya te contaré.

GAB.—(A Ramona.) Es simpático.

SANT.—Aquí no puede ser. Es una historia para hombres solos.

RAM.—¿Una nueva conquista?

SANT.—Un proyecto de conquista.

RAM.—¿Joven?

SANT.—Veinte años.

RAM.—¿Rica?

SANT.—Rica.

DON P.—¿No se tratará de Victoria?

SANT.—¡Quiá! Esa, pasó. Anoche quise verla y

anduve rondando su calle, y como había luz en su cuarto, empecé á llamarla á gritos: «¡Victoria... Victoria!... Y en la quietud de la calle, ancha y silenciosa, el eco respondía: «¡Victoria... Victoria!» Hasta que llegó un guardia y me dijo: «Caballero, por bien que le hayan salido á usted sus asuntos, hágame el favor de callar. Son las dos de la madrugada.»

GAB. y RAM.—¡Tiene gracia!

SANT.—Y me fuí. Pero la de ahora sí que es guapa... ¡Oh!

DON P.—Ya me contarás...

GAB.—¿Conque esas tenemos? Una mujer joven, rica... ¡Muy bien!

RAM.—Una verdadera novia, por lo visto; una muchacha decentita...

SANT.—¿Decente?... ¡Quiá!... ¿Pero usted me cree capaz de enamorarme «de eso» que llaman una mujer decente?...

RAM.—¡Hombre!

SANT.—¡No las quiero! Una mujer así es una cadena metida en un corsé.

RAM. y GAB.—¡Qué disparates dice! (Horrorizadas.)

DON P.—¡Tiene razón! (Riendo.) ¡Tiene razón!

SANT.—¡Claro es!... Para los incansables como yo, las solteritas que buscan marido, no sirven, y las casadas fieles, tampoco. Yo, en cuestiones de amor, soy mariposa, soy anarquista. ¡Viva la anarquía! Ea, tú, Pablo... ¡hale! Paso de camino...

DON P.—Andando.

SANT.—A no ser que estas señoritas... A Ramona la veo en traje de casa.

RAM.—Yo no salgo.

SANT.—¿Y usted?

GAB.—Acompaño á Ramona.

SANT.—Tiene usted ojos apasionados, ojos italianos... ojos de ensueño... ¡Eh, tú, Pablito!... ¿No te parece?... Ojos de ensueño. Usted debe de ser un alma errante, un alma viajera...

GAB.—(Riendo). Sí, sí... ¡Pero ya no viajo!...

SANT.—¿Ha descarrilado Vd. alguna vez?

GAB.—Muchas.

SANT.—También yo.

GAB.—Y esos viajes sentimentales suelen costar á las mujeres muchas lágrimas.

SANT.—Y á los hombres mucho dinero. Estamos de acuerdo. (Se dan las manos riendo.)

DON P.—¿Acabarás de charlar?

RAM.—¿A dónde van ustedes, por fin?

DON P.—Desde aquí al Casino.

SANT.—Nos esperan. Luego iremos á *Pum-Pum*.

DON P.—¡Es un programa!

SANT.—Luego... ¡quién sabe!... Misterio. Pero, ¿qué importa, cuando en el misterio está la poesía?

DON P.—(Que habrá estado frotándose las sortijas con su pañuelo). ¡Por vida de los moros!...

SANT.—¿Qué es?

DON P.—Que se me ha caído el brillante del solitario.

RAM. y GAB.—A ver, ver... (Todos rodean á don Pablo. Los artistas cuidarán de dar á esta escena la mayor animación posible.)

DON P.—Menos mal que no fué en la calle.

RAM.—¡Qué lástima!

GAB.—¡Hermosa piedra!

DON P.—Vale dos mil francos.

SANT.—¿A ver? Trae acá. Yo entiendo mucho de estas cosas. ¡Sí, en efecto; hermoso ejemplar! ¡Qué oriente! ¡Me conviene! (Se la traga.)

RAM. DON P.—¡Qué haces!

GAB.—¡Este hombre tiene los demonios en el cuerpo!

SANT.—¡Ya pasó!...

DON P.—¿Pero estás en tu juicio? (Todos rien.)

SANT.—Llevo dos mil francos en las entrañas! ¡Dos mil francos!... Bien podéis decir ahora que «en el fondo», á pesar de mi frivolidad aparente, valgo mucho.

RAM.—¡Qué trasto de hombre!

GAB.—¡Es divino!...

SANT.—Ahora es cuando me voy. (A don Pablo.) Te advierto que no tengo el menor interés en que me acompañes.

DON P.—¡Ah, pero yo sí! No te dejo en toda la noche.

SANT.—¿No quieres separarte de tu solitario?

DON P.—Ni un momento.

SANT.—¡Pues ya está la fiesta armada!

GAB.—Será buena.

SANT.—¡Oh, dejará memoria! Porque os advierto que la digestión de una piedra preciosa exige...

RAM. GAB.—¿Qué?

SANT.—Mucho vino de Oporto.

DON P.—Te pago el digestivo.

SANT.—Vamos. Gabriela... ¿irá usted á *Pum-Pum*? ¡No deje usted de ir!...

GAB.—Quién sabe... probablemente.

SANT.—Porque he de confesarla á usted...

DON P. (Empujándole). ¡Que van á dar las diez!...

SANT.—¡Huyamos!... Ya sabes que los digestivos hechos á base de vino de Oporto, se toman por botellas y de media en media hora... (Salen riendo.)

RAM.—Andad, andad...

GAB.—¡Qué par! ¡Como pellejos se van á poner!

ESCENA VII

RAMONA, GABRIELA. (Las actrices procurarán dar á esta breve escena un fuerte calor de emoción y de intimidad.)

RAM.—¡Por fin! (*Cierra la puerta.*)

GAB.—Tu don Pablo es notable: es el tipo del *bon vivant*, del desaprensivo..

RAM.—¡Vaya, bendito de Dios! ¡Me aburre!.... Como me aburren todos....

CAP.—Reconoce, al menos, que es uno de esos hombres excepcionales que, por intuición, sin duda, saben retirarse un momento antes de empezar á estorbar.

RAM.—Razón tienes. Porque deseosa estaba de quedarme á solas contigo para hablar de Joaquín.

GAB.—¿Pero, le quieres todavía?

RAM.—Todavía. Siempre....

GAB.—¡Qué buena eres!

RAM.—Le quiero como tú quisiste á Leonardo, (*Besándola.*) ¿Verdad? En vano tú, como yo, hemos pasado de unos brazos á otros; el recuerdo del primer hombre, del único hombre que quisimos, persiste en nosotras triunfador, imborrable.

GAB.—Es como un perfume.

RAM.—Como una luz.

GAB.—Otros hombres hemos conocido más graciosos, más elegantes, más ricos.... pero *Aquel*, el amado, se sobrepone á todos.

RAM.—A todos.

GAB.—Es la magia del pasado, la fuerza del recuerdo.... Y es que una sola idea, cuando es grande, basta para llenar toda una vida.

RAM.—Es cierto. Háblame de Joaquín.

GAB.—Pregunta.

RAM.—¿Vendrá?

GAB.—Esperándole estoy, y el camarero lo sabe. Joaquín te quiere mucho; durante todo el viaje me ha hablado de tí.

RAM.—¿Por qué no se ha hospedado aquí?

GAB.—Porque su familia le esperaba.

RAM.—¿Pero, se ha casado? (*Con asombro y dolor.*)

GAB.—¿No lo sabías?

RAM.—¡No! ¡Oh! ¡Casado! ¿Y tiene hijos?

GAB.—También.

RAM.—¡No sabía nada! ¡Qué dolor!.... ¡Oh! Ya, entre él y yo, ¡qué abismo!...

GAB.—Y todo eso le ha envejecido, le ha puesto triste....

RAM.—(*Hablando consigo misma.*) ¡Casado! ¡Qué abismo!.... (*Pausa.*)

GAB.—¡Y Joaquín llega á tiempo! (*Riendo.*)

RAM.—¿Cómo?

GAB.—Yo me entiendo....

RAM.—¿Lo dices porque acabo de reñir con Pablo? ... ¡Tonta! ¡Era igual!.... Demasiado sabes que, lo que amamos mucho,

siempre llega á nosotras á tiempo (*Pausa.*)

GAB.—Oye.... Alguien viene.

RAM.—Sí....

GAB.—Me parece que han llamado en mi cuarto. Sí.... No te emociones demasiado, porque es él. (*Se dirige á la puerta.*)

RAM.—¡Eh!....

GAB.—(*Abriendo la puerta.*) El mismo. Entra, Joaquín.

ESCENA VIII

RAMONA, GABRIELA, JOAQUÍN

JOAQ.—¡Ramona!

RAM.—¡Joaquín de mi alma! (*Se abrazan con efusión vivísima. Ella llora.*)

GAB.—¡Nada! ¡Lo mismo que en las comedias!

JOAQ.—Antes de venir á verte he vacilado mucho.

RAM.—¿Por qué?

JOAQ.—Por coquetería.

RAM.—No comprendo.

GAB.—¡Mujer, qué torpe eres!.... Porque temía que le hallases demasiado viejo.

JOAQ.—Sí, demasiado viejo.

RAM.—¡Qué tontería.... Joaquín, mi Joaquín; tú, para mí, siempre serás el mismo.... el mismo....

JOAQ.—Con diez años más. Cuando nos conocimos, ¿verdad?, yo era casi un real mozo. Ahora, confíesalo, soy un amante bueno para visto de noche ó entre dos luces.

RSM.—Bobo, bobito....

JOAQ.—Tengo cuarenta años.

RAM.—Ya lo sé.

JOAQ.—Soy lo que la gente llama «un hombre de cierta edad».

GAB.—O, como si dijésemos, *de la Edad Media.*

RAM.—¿Qué me importan tus años?

JOLQ.—Pero.... ¿y mi cara?

RAM.—¡Tampoco. ¡No, hijo mío! No era una belleza, era un alma lo que yo amé en tí. (*A Gabriela y bromeando.*) Sin embargo, sí... tenías razón: ha cambiado mucho.

GAB.—¡Y tanto! Tiene el pelo gris.

RAM.—Y la frente más grande.

GAB.—Y los ojos más tristes.

RAM.—Sí, ¡Y más pequeños!

JOAQ.—¡Pues sí que estáis cortándome un trajecito!

GAB.—¡Y eso que te queremos!

JOAQ.—Que si me odiaseis....

RAM.—¿Y los dientes? (*Haciendo ademán de tocarle la boca.*) ¿No te falta ninguno?

JOAQ.—Afortunadamente. Esos se salvaron todos. (*Pausa.*) Di.... ¡qué elegante estás!.... ¿Quién es ahora tu amor?

RAM.—Calla. ¡Oh! No hablemos del presente.

JOAQ.—Sí, el presente es feo; mírame á mí.

RAM.—¡Pobrecillo!.... (*Pausa larga.*) ¿Te acuerdas de nuestro cuartito?

JOAQ.—(Aquí *por la frente*) lo llevo retratado.

RAM.—¡Y que apuros pasábamos para comer!

JSAQ.—Fué un idilio de hambre.

RAM.—¿Y cuando tú tenías que quedarte acostado para que yo te lavase la ropa en un barreño? (*Rie.*)

JOAQ.—¡Qué bonito era aquello!

GAB.—(*Burlándose*) Precioso.... precioso....

RAM.—¿Y nuestra alcobita?.... ¡Ah, las alcobas! (*Dirigiéndose á Gabriela.*) Todas las alcobas donde he dormido después han dejado en mi memoria una impresión de disgusto, de asco.... Sólo aquella, á pesar de su pobreza, reaparece en mi memoria como algo azul, algo muy alegre, blanco.... lleno de sol.... (*Abrazándole con brusca vehemencia.*) Joaquín, mi Joaquín.... ¿por qué te casaste?

JOAQ.—Mi Ramona... (*Pausa.*)

GAB.—Bien; me parece llegado el momento de imitar el discreto ejemplo de don Pablo. Buenas noches.

JOAQ.—(*Levantándose.*)—Entonces, yo me voy también.

GAB.—¿Por qué?

RAM.—No, tú no te vas....

JOAQ.—¿Y si ese don Pablo, amigo tuyo, vuelve?

GAB.—No hay cuidado. Yo ahora voy á cambiarme de traje, luego me marchó á *Pum-Pum*....

RAM.—(*Con gran alegría.*) ¡Eso es! Admirablemente pensado!

GAB.—Y una vez allí, y mientras el solitario que se tragó Santiago aparece ó no, yo os respondo de que don Pablo no vuelve por aquí en toda la noche.

JOAQ.—Pero, seamos prudentes: ¿Y si por casualidad viniere?

RAM.—Mi alcoba tiene una puerta que comunica con la habitación de Gabriela. Mirad.... (*Los tres miran por la puerta de la derecha.*)

GAB.—¡Pues, no digas más!.... ¡Ah! Los arquitectos, poniendo con sabia previsión puertas de escape en las alcobas, dieron á las mujeres un medio para que los pobres maridos nunca sepan nada. Adiós, Joaquín.

JOAQ.—Adiós Gabriela.

GAB.—Hasta mañana; y.... ¡no paséis miedo!

RAM.—Confiamos en tí.

GAB.—Perded cuidado. Creo que no puedo hacer más por vosotros, ¿eh?....

RAM.—Eres un ángel.

JOAQ.—Un ángel.

GAB.—Adiós, hasta mañana.

(*Vase. Ramona cierra cuidadosamente la*

*puerta. Después, ella y Joaquín se miran y, sin hablar, se abrazan.*)

ESCENA IX

RAMONA, JOAQUÍN

JOAQ.—Otra vez juntos.... solos....

RAM.—Después de diez años.

JOAQ.—A través de los años y de las aventuras me siguió tu recuerdo. ¡Oh! Tengo tantas, tantas cosas que decirte, que no se por cuál empezar. Ramona, Ramona mía...

RAM.—¡Tuya!.... ¡Siempre!....

JOAQ.—¿Te acuerdas de nuestra estancia en el pueblo?

RAM.—Mi casa, la casa donde nací....

JOAQ.—Aquella casita blanca, oculta entre árboles muy verdes, donde murió tu abuelo, donde murió tu padre... y donde quiza, cuando seas vieja, vayas á morir tú...

RAM.—Esa casita que, por haberse marchado tantos camino de la otra vida, parece una estación....

JOAQ.—Sí, en esa casita blanca... ¡quién pudiera vivir contigo, sin ambiciones, olvidado de todos!....

RAM.—Poeta; ¿y tu mujer.... y tus hijos?

JOAQ.—¡Oh, deja!.... No hablemos del presente. Tenías razón: el presente es feo.

RAM.—Habla... sigue, Joaquín.... Aunque me engañes, sigue....

JOAQ.—No, no te engaño: es mi alma romántica, mi alma sincera, la que en estos momentos se derrama por mis labios. Al verte, te quiero como te quise entonces.... lo mismo, y es que el pasado vuelve. ¿Qué me importa tu historia? La Ramona que tengo ahora delante es aquella, la de los años mozos; años de locura, de inconsciencia, en que no nos cabía en la boca la risa. En mi largo combate por la gloria y por el pan, salí triunfante. ¡Lo gané todo! Honores, posición, esposa, hijos.... y, sin embargo, en mi alma, de donde contigo voló la alegría primera, una voz clamaba perpetuamente, y esa voz decía: «Dame más, dame más.... otra cosa, otra... rebusca.... ¿ó es que no hay bajo el cielo más que lo que me diste?....»

RAM.—Como yo.

JOAQ.—Como tú....

RAM.—Sí.... pero ya estamos muy separados. No, Joaquín, no.... no hay que hacerse ilusiones: el pasado no vuelve....

JOAQ.—Vuelve, sí... ¿cómo dudas? Tu pasado soy yo: mi pasado eres tú.... la casualidad nos reúne, aunque sea momentáneamente, y mira cómo, de pronto, lo que fué nos sale al paso y nos cierra el camino. Otra vez solos.... juntos....

RAM.—Pero... ¿y mi vida? ¿Esta sucia vida que me rodea?

JOAQ.—¿Y que?... ¿Que vives en el pecado?... ¿Y qué?... Si en los días negros de quebranto y de fastidio nadie fué á consolarte, ¿quién podrá acusarte con justicia? El cuerpo tiene hambre y come; las almas solitarias, las almas aburridas, padecen hambre de ideal y pecan; que el pecado, Ramona, es pan para las almas que se aburren.

RAM.—Eres el mismo.... el mismo....

JOAQ.—Y tú la misma.... Más hermosa, tal vez....

RAM.—¡Oh, no!...

JOAQ.—Sí, son tus ojos.... son tus cabellos... tus cabellos negros, que yo besé tanto...

RAM.—¡Pobre cabeza mía!... (Acariciándole.) Pobre cabeza mía... ¡qué viejecita estás!...

JOAQ.—Sufrió mucho.

RAM.—Mucho.

JOAQ.—Pero, aunque esté fea, quíerela, porque pensó mucho en tí. (pausa.)

RAM.—¡Qué mala es la vida!

JOAQ.—No....

RAM.—¡Qué triste!....

JOAQ.—No, no creas.

RAM.—¡Sí, qué triste!....

JOAQ.—Te equivocas. ¿Por qué?....

RAM.—¿Dirás que es alegre?

JOAQ.—Tampoco.... ¡qué sé yo!.... La vida no es una lágrima; tampoco es una carcajada; es.... una sonrisa. (Pausa larga.)

RAM.—El pasado vuelve, dijiste.... ¿y si tuvieses razón? (Se levantan.)

JOAQ.—¡Ah! No lo dudes.

RAM.—Nos conocimos en un merendero, una noche de verano, una noche como esta...

JOAQ.—Noche lírica de luna y de amor....

RAM.—¡Cómo lo recuerdo! ¡Cómo revive aquella escena en mi memoria! ¡Con qué nitidez la veo!.... Es algo para mí coherente, tangible como un bajo relieve....

JOAQ.—Todo está igual.... menos yo....

RAM.—Menos tú.... Pero yo, dentro de mi espíritu, te veo como eras entonces: con tus cabellos rizos y negros, con tus ojos luminosos, con tus mejillas frescas, llenas de sangre....

JOAQ.—¡Ay!

RAM.—¿Quieres?... ¿Dí?... ¿Quieres?....

JOAQ.—¿Qué?

RAM.—Reconstituir la escena.

JOAQ.—¿Cómo?

RAM.—Apagando la luz.

JOAQ.—¡Oh!.... ¡Que triste es eso!

RAM.—¿Triste? ¿Por qué?

JOAQ.—¡Ah! No sabría explicártelo ahora... pero, sí... es muy triste... Alude á mi vejez...

RAM.—Estábamos cenando así, delante de una ventana como ésta... y, al darnos el primer beso, en el jardín del merendero un cuarteto ambulante empezó á tocar un vals....

JOAQ.—Sí.... nuestro vals....

RAM.—Nuestro vals, (pausa.) ¡Espera! Sí, eso es.... Verás.... (Apoya un timbre, pausa.)

JOAQ.—¿A quién llamas?

RAM.—Al camarero.

JOAQ.—¿Qué quieres?

RAM.—Aguarda.

JOAQ.—¿Pero, qué vas á hacer?

RAM.—Es una ocurrencia rara y bonita.

#### ESCENA X DICHOS Y EL CAMARERO

CAM.—¿Llamaba usted?

RAM.—Adelante. (Con frialdad.)

CAM.—Con su permiso; buenas noches.

RAM.—¿Y mi amiga, la señorita del número 6?

CAM.—En este momento acaba de marcharse.

RAM.—Bien. Hágame el favor de decirle al director de los cíngaros que toque el vals de *La Bohemia*.

CAM.—Perfectamente.

RAM.—Tómese usted; dele esto de mi parte. (Entrega al camarero un billete.) Adiós... (Durante esta escena, Joaquín permanecerá junto á la ventana, como indiferente á la conversación.)

#### ESCENA XI RAMONA, JOAQUÍN

JOAQ.—Eres original. (Con alegría.)

RAM.—Soy digna de tí.

JOAQ.—Vales más que yo; eres más artista que yo....

RAM.—Una artista de la vida.

JOAQ.—Mi alma... mi Ramona.

RAM.—Noche de verano, noche de luna, noche de amor.... Tenías razón: el pasado vuelve.... (Los dos se asoman á la ventana.)

JOAQ.—¡Oye! (Música dentro.)

RAM.—El pasado vuelve.... (El vals suena muy lejos, muy debilitado, de modo que sirva de fondo á la conversación.)

JOAQ.—Emoción divina.

RAM.—Si la vida es teatro, ¿por que no colgar en ella las decoraciones á nuestro gusto?... Soy, ¿verdad?, una excelente directora de escena.

JOAQ.—Mi alma....

RAM.—Joaquín.... ¿Ves?.... Todo está igual.

JOAQ.—Todo.

RAM.—La ventana, el aire perfumado, el campo bañado en luna.... el vals con sus

notas de melancolía y de amor.... Sólo me separan de aquella visión tus pobres ojos, un poco más tristes ..

JOAQ.—Ramona....

RAM.—Tus cabellos, un poco más blancos.... tus cabellos fríos....

JOAQ.—¡Por piedad!....

RAM.—Pero, para destruir eso, hay un recurso.

JOAQ.—¿Cuál?

RAM.—Buscar la obscuridad.

JOAQ.—No.... no....

RAM.—Sí; en la obscuridad, las almas que

quieren soñar, sueñan mejor. Quiero verte hermoso, como entonces.... Déjame.... necesito ser feliz.... una noche.... un instante.... (Apaga la luz.)

JOAQ.—¿Qué haces, Ramona?

RAM.—Nada, mi rey... nada... Acercame á tí... (El teatro quedará totalmente á oscuras. Ellos permanecerán un momento abrazados delante de la ventana, bañada en luna, y luego caerán sobre el diván, mientras la música continúa y el telón descendiende rápido.)

TERMINA LA COMEDIA

## La idea en marcha

I

*Cual vida que se expande;  
Vida que se ajiganta;  
Vida que es como el Ande.*

*Cual mar alborotado  
Cuya grandeza espanta,  
La idea ha reventado.*

*Y, al reventar, ha sido  
Fuerte como la gloria  
Que á la muerte ha vencido.*

II

*Ya flota en el ambiente  
Un rumor de victoria;  
Presagio de torrente;*

Á Eduardo Zamacois.

*Que abatirá el prejuicio,  
Borrará toda mancha  
Y extraerá todo vicio.*

*¡Treme la antigua fuerza,  
Soñando en la revancha  
Que su destino tuerza!*

*¡Y dad paso á la idea,  
Que es agua que fecunda,  
Que es luz que nos recrea  
Y es torrente que inunda!*

ALBERTO GHIRALDO.

Buenos Aires, 1910.

## Eduardo Zamacois

La figura complexa y arrogante;  
perspicaz y atrevida la mirada,  
sobre sus labios triunfa iluminada  
la sonrisa romántica y galante.

El amor y el dolor en su incesante  
y loca sinfonía apasionada  
de besos y rugidos, su alma alada  
malhirieron impíos. Mas triunfante

su recia juventud supo elevarle  
á través de su vida tempestuosa,  
que anhelaba iracunda derrotarle.

Hoy ciñe su cabeza, victoriosa  
corona de laurel: Sonad trompetas.  
Bellas cantadle. Saludad poetas.

LUIS BAYÓN HERRERA.

## Zamacois

Cuando le anuncié mi deseo de entrevistarle, me dijo, sencillamente:

—Pregunte usted...

Y yo, ante esa respuesta, no me decidí a preguntarle nada, no se me ocurre la más insignificante interrogación, como si valido de antiguo conocimiento—que en este caso era sólo el de lector á autor, que ha tiempo contrae y siempre he cultivado—me creyese en posesión de todas ó muchas de sus intimidades. Al fin, seguro ya de lo absurdo de este convencimiento, hablamos, y entonces sí que indagué, curioso, detalle por detalle, cosas de su vida, encontrándole, después que pude observarle á toda satisfacción, tal como le había imaginado: arrogante sin jactancia, como todo hombre que sabe de su valer la exacta medida, un poco fatigado, como quien ha vivido en un torbellino de pasiones y de ansias nunca saciadas, algo melancólico, dominado por esa melancolía que en los artistas es luz de ensueño y queja del vivir, y, á pesar de todas las andanzas de su vida, que han sido abundantes y muy arriesgadas, siempre entusiasta, convencido de que el arte, como la vida, no debe anularse ó sacrificarse por ninguna, ¡ni por todas juntas! de las bellaquerías que el burgués y sus prejuicios tienden á los que, en un ambiente mediocre, viven, afirmando «el triunfo del individuo sobre el medio adverso».—Así es Zamacois, ó, por lo menos—si es que no me engaño en redondo, como muchos de los que intentan hacer psicologías instantáneas—algo de ésto tiene, siendo así que, por mal que esté el retrato, siempre se le parecerá en algo.—Pero ¿se parece mi Zamacois al original?

Podemos preguntarle:

—¿Y usted, como es?

A lo que nos contestaría:

—Con mirar mi vida, puede saberse...

Y á fe que tendría razón, porque no hay vida que esté tan de acuerdo con el personaje que la ha llevado consigo, año tras año, «peleando tercamente por el panecillo y por la gloria». Zamacois, con su figura, con su alta y donjuanescas figura de mosquetero—de mosquetero que ha dejado arreos y armas para acercarse más á Venus, con el copioso manojito de cuartillas entintadas por su famosa péñola—es como tenía que ser para no desengañarnos, con todo el encanto personal de un Jean Lorrain, pero sin mirar por la espalda, como éste, los placeres que frente á tantas mu-

jercitas del «demi-monde» y de la escena ha disfrutado, poseyéndolas con el doble placer del hombre—artista—que no es el mismo de que gozar puede, en su vulgaridad, el hombre que, sobre la tierra, no es más que simple hombre, con unas tragaderas, un estómago, unas piernas... y lo demás.

Y puedo decirlo: Zamacois no me ha desencantado, como otros ilustres señores que solo tienen, de agradable y atractivo para los que leemos, el nombre que estampan en la carátula de sus libros. Ejemplo: un don Vicente Blasco Ibáñez, que en mala hora y para perjuicio de su renombre literario, vino á conocer y explotar esta cosmópolis—Eldorado donde todos «los necesitados del mundo» tienen fijos sus ojos y á la que acuden muy pocos—y entre esos pocos el autor de «El pasado vuelve», que esta revista publica como un galardón—«por el único y limpio placer de verla». Zamacois es un errante, que en cada nuevo paisaje encuentra una nueva emoción y en cada hombre que conoce un personaje para sus artículos, sus novelas ó sus cuentos; y hablando de este afán andariego, que á otros como á él nos lleva por el mundo adelante, me dice:

—Estando en París, conocí á mi primo Miguel Zamacois, el autor de «Los Bufones»; y al hablarle yo de mis viajes, se me ocurre preguntarle cuales ciudades y países había conocido, á lo que me responde: «París».

Y Zamacois, después de expresar el asombro que esto le produjo, hace consideraciones, tan afortunadas como exactas, sobre los artistas que, inmovilizados en un lugar, solo conocen de la vida las cuatro paredes de su casa y los cuatro horizontes de su pueblo, donde la existencia, al comprimirse, pierde todo su encanto de novedad, de renovación y rebeldía. Y agrega:—Los viajes, como las mujeres, son para el artista fuentes inagotables donde la eterna complejidad de la alegría y la tristeza humanas se nos muestra siempre bajo variados aspectos, haciéndonos amar en unos sitios y unas mujeres lo que en otros sitios y en otras mujeres despreciamos...

Y me habla de sus publicaciones, que ha tenido que abandonar en manos rapaces; de su editor Sopena, enriquecido con sus obras y la revista «Vida Galante»; de sus libros, para los que tiene esta frase tristísima: )

—Cuando los veo en los escaparates de

las librerías, no sé si debo sonreír ó volver la vista...

Refiérese á lo mal que los vendió, y al recordar «los chacales del bosque editorial» en cuyas manos cayeron, sonrío... sonrío benévolo, resignado más bien, consideran-

do, como conclusión fatal, que «la vida es un libro que no tiene fe de erratas».

Y así es—ó al menos, así se me presenta á mi—Eduardo Zamacois, á quien el lector conocerá por sus libros; por sus libros que son «él».

Ruy de LUGO-VIÑA.

## Un combatiente

A pelear la vida y la gloria va, caminando de América, Eduardo Zamacois. Como los antiguos descubridores de la hermana nuestra mundial, lleva este escritor más esperanzas que realidades. Emprende la aventura sin otros fiadores que su talento y su energía.

Es simpática, altamente simpática, la figura de este Zamacois que, honrando su apellido, suma un artista más á su estirpe, fecunda en ellos.

Le conocí mozo, en la época de su bohemia, y me sentí atraído por aquel joven, que supo bregar fieramente con sus necesidades y con sus ambiciones, llevando siempre limpias camisa y conciencia.

Era un mozo gallardo, que afrontaba la vida y que perseguía el renombre, jovial noblemente, sin envanecerse cuando el aplauso de los compañeros zumbaba en sus oídos, sin afligirse ni desanimarse cuando una derrota le hacía caer de espaldas.

En casos tales, no hablaba de injusticias, de envidias. Sonriente, sereno, se alzaba de tierra, sacudía el polvo de desengaño que bailaba en su espíritu y seguía el viaje hacia adelante en busca de una peseta y de una hojilla de laurel.

Así, peleando tercamente por el panecillo y por la fama, ha vivido durante años y años Eduardo Zamacois, aquel mozo robusto, sanguíneo, alto de estatura, noble de rostro y de oficio escritor.

Hoy, sus cabellos de treinta y cinco años blanquean un poco por las sienes; pero la cara juvenil sonrío entre las canas, y los ojos brillan enérgicos entre los párpados respunteados de arruguilas.

## Mi primer estreno

Esa terrible enfermedad que los autores noveles desconocen—la inocencia es heroica—y que yo llamo «el miedo á estrenar», me mantuvo durante muchos años alejado del teatro. Así para decidirme á tan grave andanza, fué preciso que los buenos amigos que entonces formaban la dirección del teatro Romea me pidiesen una obra, asegurarán-

Durante veinte años, Zamacois, literariamente, lo ha intentado y lo ha hecho todo en esta España nuestra: periodista, novelista, poeta, autor dramático. Todo lo fué, y lo fué con éxito moral la mayor parte de las veces.

Su nombre se pronuncia con cariño entre los escritores; el público lo lleva y lo trae en su boca; los diarios, en sus columnas....

¿Por qué se va entonces? Porque necesita, para ganar definitivamente la vida y la gloria, una ocasión propicia; y la ocasión no se le ofrece como él la desea, inmediata, aquí, entre nosotros. Inmediata la desea él. No quiere llegar á los cuarenta años sin haber puesto, como hombre y como artista, un cimiento sólido al edificio de sus legítimas ambiciones de fama y bienestar.

A América va Zamacois á reñir la última pelea. En América hay más amplios horizontes para un luchador de su casta. Bien pertrechado va: sus libros, sus artículos le acompañan, mejor dicho, le preceden, para franquearle honrosamente las fronteras. Una vez dentro de ellas, quien, como Zamacois, posee talento y voluntad, logrará el triunfo que persigue.

Tenga buen viaje y más buena fortuna el simpático combatiente. Vaya hacia el hombre de hoy un fraternal apretón de manos. Desde aquí se lo envía entusiasta quien le conoció y le admiró mozo, cuando recorría su bohemia con la conciencia y con la camisa limpias de toda mancha.

Joaquín DICENTA.

el teatro es algo que simultáneamente asusta y atrae.

Sin otras vacilaciones, aquella misma noche tracé el plan de lo que mi obra «Nochebuena» había de ser; y al otro día, á las nueve de su mañana, me senté á escribir: ¡Memorable jornada! Trabajé sin vacilaciones, febrilmente, como empujado por el asunto; no podía detenerme ¡las escenas atrailladas, tiraban vigorosamente unas de otras, y todas de mí. ¡Ni siquiera interrumpí mi labor para almorzar!... ¡Qué angustia!... Mi frente quemaba; la mano me dolía. No importa: adelante, pronto, hacia el final. A la seis y media en punto de la tarde, la comedia estaba escrita.

Dos días después comenzaron los ensayos «de mesa», y muy luego, merced á la diligencia de los actores, la obra bajó á la concha.

¡Ah! Yo, que he asistido á tantos ensayos, creía entonces aventurarme por un mundo nuevo. ¡Qué emoción tan rara, tan intensa, tan exquisita, la de «ver» y «oír», hechas carne y voz, las ideas que horas antes sentí discurrir cautelosamente por mi cerebro! ¡Cómo se abultaban y afirmaban las escenas, cómo el arte flexible de los comediantes daba relieve á ciertas frases y cómo, entre ellos, las pausas adquirían un valor precioso, definitivo, nunca imaginado por mí!... Sí; es preciso haber ensayado—porque en los ensayos, al autor le parece hablar consigo mismo—para comprender que el arte del comediante es un arte diabólico que á veces aligera lo que parecía pesado, y otras, magnífica y llena de luz lo que, sobre el papel, se nos antojaba menguado y obscuro, y deslíe, en fin, por toda la obra, una emoción nueva, penetrante, caliente y triunfadora, de humanidad.

Esto ocurría en los últimos días de 1908.

Llegó, al cabo, la noche del 23 de Diciembre, fecha de mi estreno. Los periódicos habían propalado la noticia de mi aventura; grandes carteles decían mi nombre, y en insolentes letras rojas, que me abrazaban las pupilas, el título de mi comedia: «Nochebuena». La lluvia que caía, abundante, contribuyó, sin duda, más que yo mismo, á «llenar» el teatro; invadía las localidades un público nutrido y selecto; el temible «todo Madrid» de los estrenos allí estaba saludándose familiarmente con la mano, desde un extremo á otro del pequeño salón. Un acomodador vino á decirme, con una sonrisa de felicitación, «que no había billetes».

Y yo, lejos de regocijarme vanidosamen-

te, me acongojaba pensando que todos aquellos espectadores habían adquirido en la taquilla el derecho á rechazar mi obra y á significarme con sus siseos ó la corrección glacial de su silencio, que «lo había hecho muy mal...»

La batalla iba á empezar. El batiente de una puerta se cerró con estrépito, y oí una voz que gritaba imperativa:

—¡Que no entre nadie! ¡Aquí no debe entrar nadie!

Aquella orden me dió á comprender que entre el público reunido allí para juzgarme, y yo, reo confeso del grave delito de escribir comedias, había un abismo. Con lo que mis zozobras empeoraron. Para disfrazar un poco mi inquietud, traté de fumar; ¿dónde había puesto las cerillas?...; las busqué inutilmente, metiendo varias veces la mano en el mismo bolsillo; no las hallé; el cigarro acabó por romperse entre mis dedos trémulos...

Los comediantes, mis amigos, mis defensores, mis aliados fervorosos en aquella hora terrible, me rodearon.

—No se asuste usted—repetían—; hay que ser valiente; aquí estamos nosotros...

Yo les abrazaba, sintiéndome unido á ellos por uno de esos cariños fraternales que sólo sabe tejer entre los hombres el peligro.

Ramona Valdivia, la excelente actriz, vestida ya para salir á escena, me estrechó las manos. ¡Pobrecilla!... Las suyas, frías estaban como las de una muerta.

—No tenga usted miedo—dijo—; ya verá usted; la obra es muy bonita...

Y yo, inconsciente, ridículo, grotesco tal vez, replicaba tuteándola:

—Tú... eres la que no debe tener miedo. Si tú... si usted... no me salva, soy perdido.

Cerca de mí andaban también Adriana Corona y Pilar Ezquerro y Amparo Montañá... y todas eran á prodigarme palabras de energía y de optimismo.

Moreno, el apuntador, estaba en la concha; el electricista en su sitio; un traspuente pasó diciendo la frase:

—¡Prevenidos! ¡Se va á empezar!...  
Especie de alerta que obliga á santiguarse á las mujeres.

Hubo un silencio; sonó un timbre; el telón se alzó lentamente sobre el resplandor de la batería... y ante mis ojos quedó abierto, como una fauce fiera y enorme, ese abismo donde tantas obras y tantos autores han perecido.

A mi alrededor, las actrices se persignaban, y luego, valerosamente, salían á escena. Iban resueltas, llenas de entusiasmo, vibrantes de orgullo, como soldados que

corriesen á la defensa de una barricada; y todo mi amor y todo mi agradecimiento las seguía.

La primera escena «pasó» bien; después, cierta frase obtuvo un murmullo de estimación; poco á poco, la obra iba conquistando simpatías, enlazando los ánimos en el hilo de la misma emoción, imponiéndose. Al fin, el aplauso tan deseado estalló.

Pero yo no lo oí.

—¿Qué dicen? ¿Qué quieren?—repetía furioso.

Y Jerónimo Gómez, que me acompañaba, exclamó riendo:

—Pero, ¿se ha quedado usted tonto, hombre de Dios? ¿No oye usted que aplauden?...

Así era, en efecto; lo que no impidió que aquella memorable jornada dejase en mi ánimo, más que el disculpable engreimiento de una pequeña vanidad satisfecha, una emoción de miedo. No obstante, he vuelto á estrenar; porque el teatro, ya lo dije antes, es como el amor, que asusta, pero atrae...

El título de «Teatro Galante» que doy al presente volumen, responde á la índole especial de las tres obras en él reunidas. Recuerdo que la crítica creyó ver en ellas mi propósito de formar un género particu-

larísimo, atrayente, de aventureros y cortesanas. Confieso que no hay tal: el artista, cuando produce, no puede ser deliberadamente ni religioso, ni escéptico, ni conservador, ni iconoclasta, sino que, al producir, lo hace sin prejuicio alguno, según su temperamento, ó, mejor aún, conforme el estado especial por que atraviesaban sus nervios en el momento febricitante de la producción. Por lo que no es raro verles contradecirse á cada paso, ni más ni menos que la misma Naturaleza, maestra en toda laya de inconsecuencias y paradojas.

Así, si las heroínas de mis pobres comedias pertenecen á ese «demi-monde» que tentó á Dumas, fué porque, al coger la pluma, la inspiración, caprichosa y arisca siempre, derivó hacia él. Diciendo esto, no trato de disculparme, sí de consignar un hecho. En último término, seguro estoy de que entre Ellas, «las deseadas de una noche», el artista puede descubrir grandes bellezas, por lo mismo que, bajo la frivolidad de sus sombreros empenachados y de sus vestidos de encajes, late sagrado, perenne, el inmenso dolor de no ser estimadas...

Y la Belleza es, generalmente, espuma de Dolor.

Eduardo ZAMACOIS

## IDEAS Y FIGURAS

NÚMEROS EN PREPARACIÓN

### ENTRE EL PUEBLO

Por Federico A. Gutiérrez

PRÓLOGO de Julio R. Barcos



### EN EL CUARTEL

Por Gabriel Courtis

PRÓLOGO de Alberto Ghirardo



# TRIUNFOS NUEVOS

POR

**ALBERTO GHIRALDO**

Acaba de aparecer



Un vol. de versos - 200 pág. artísticamente impresas

PRECIO DEL EJEMPLAR: 1.— \$ m/n

PEDIDOS á la Administración de IDEAS Y FIGURAS:

calle Bmé. Mitre 314, esc. 26 - Buenos Aires

## Alberto Ghirardo

POR

**JUAN MAS Y PI**

UN VOLUMEN EN PROSA CON EL SIGUIENTE SUMARIO:

*Alberto Ghirardo.* — Su personalidad. — Iniciación. «Fibras». — El luchador. «Gesta». — El periodista. «El Sol». — «Los Nuevos Caminos». — El poeta. «Música Prohibida». — «La Protesta». — «La Tiranía del frac...» — «Carne doliente». — El teatro de Ghirardo. «Alas». «Alma Gaucha». «La Cruz». — «Triunfos Nuevos». — Conclusiones.

De venta en las principales librerías  
de Buenos Aires

PRECIO DEL EJEMPLAR: 0.50 centavos